

**Naga Saddhus:
Los ascetas guerreros de la India**



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Son muchos, y muy diferentes, los viajes que pueden dibujarse en el mapa del Subcontinente indio. Muchos son los ecosistemas que el viajero puede tener oportunidad de descubrir, numerosos, también, los grupos humanos, etnias y religiones con los que encontrarse durante el periplo, pues India es un país tan cuajado de historia, con tal densidad de población y con una diversidad humana y medioambiental tan extraordinaria que siempre está dispuesto a sorprender y enseñar al viajero paciente y curioso, ése que, ávido de descubrimiento, se atreve a hollar su inmensa geografía con el noble anhelo del aprendizaje.

Es muy probable que en todos y cada uno de esos lugares señalados, el viajero se tope con *saddhus*, faquires, anacoretas, *sanyasines*, caminantes y ascetas, pues desde los albores de su primera civilización, todos ellos formaron parte del paisaje humano que ocupó caminos, aldeas, pueblos y ciudades.



En efecto, desde las estribaciones de los Himalayas -donde uno puede ver eremitas que dedican sus días a la meditación, alejados del ruido del mundo, rodeados, solo, de silencio y montañas- a los populosos núcleos de población bañados por el Ganges -en los que el viajero dejará su mirada varada frente a las hileras interminables de falsos *saddhus* que demandan ayuda económica, o de verdaderos y auténticos “*hombres santos*” sentados frente a las aguas del sagrado río; desde los caminos polvorientos de Andra Pradesh, a Mahabalipuram, Pondicherry, Chennai o Puri; desde las calles de la imposible Calcuta a las idílicas costas de Kerala; de uno a otro extremo del país, la geografía india se tiñe de esa masa humana y multicolor, a veces silenciosa y otras furibunda, que son los *sanyasines*, los ascetas.

Si se desplazan a la localidad de Tiruvannamalai, situada en el corazón de Tamil Nadu, los peregrinos sentirán el espíritu del genial y extraordinario Ramana Maharsi, aquel yogui aferrado al *vichara* que se preguntó, más que ningún otro hombre de su tiempo: “¿Quién soy yo?”.

Para dar respuesta a semejante pregunta el maestro se retiró, siendo aún muy joven, a las grutas de la “Montaña roja” de Arunachala, logrando alcanzar, en un destello de luz y sabiduría, la iluminación espiritual. Después, instalándose en aquel *ashram* en el que vivió el resto de su vida junto a un puñado de alumnos sinceros, enseñó a otros el camino del despertar de la conciencia a través de la *autoindagación*.

Lo haría, sí, pero desde el silencio y la modestia del renunciante que siempre había sido.



Muy pocos fueron los occidentales que conocieron en persona a Ramana Maharsi pero aquellos que sí lo hicieron mantuvieron una conexión con él y con el *ashram* de por vida, o bien optaron por permanecer allí hasta el final. En el interior del área que ocupa *Ramanashram* pueden visitarse las tumbas de algunos ilustres alumnos del maestro.

En su excelente libro, titulado “*En días de gran paz*”, Mouni Sadhu recorre el paisaje humano de Tiruvannamalai y entre las estampas que el escritor describía estaban, por supuesto, las protagonizadas por faquires, *sadhus* y *sanyasines*.

La llegada a *Ramashram* fue para él todo un viaje hacia el pasado pues procedía de un espacio tiempo muy alejado de aquella realidad que entonces visitaba. Así fue.

En los años cuarenta del pasado siglo aún estaba todo por hacer en aquel apartado rincón de la vieja India y cuando la carreta que transportaba al viajero se detuvo frente al *ashram* de Ramana el tiempo pareció detenerse cien o doscientos años atrás.

Mouni Sadhu dejaría su lugar de retiro pasados varios meses, un tiempo de intensa vida interior en el cual alcanzaría su propio despertar espiritual.

Además del libro de Sadhu, conocía la obra de Paul Brunton y, junto a ambos, descubrí el corazón espiritual de los *sanyasines* que personificaba, ejemplarmente: Baghavan Sri Ramana Maharsi.

De los datos biográficos de Maharsi me había fascinado su compromiso con la búsqueda interior y, también, la austeridad y el estoicismo con la que había afrontado sus años de aislamiento en las cuevas de Arunachala.



Llegados a Tiruvannamalai, también nosotros subimos a las grutas de Arunachala para meditar y acercarnos al espíritu de los ascetas que nos precedieron en vida, tratando humildemente de atisbar, siquiera por un breve tiempo, la gesta del gran renunciante y de sus discípulos.

Nos encontramos allí con algunas sorpresas, pues las ermitas estaban habitadas no solo por hindúes, también por *meditantes* procedentes de diferentes países del mundo. Uno de ellos, nuestro "*amigo de Perú*", vivía en una de ellas desde hacía dos años.

Quince años después de aquel primer encuentro, cuando regresé a Arunachala, aún lo vi allí, al abrigo de la *Montaña Roja* que inspiró a quien él consideraba su verdadero maestro.

Arunachala era también el hogar de Nadia, una caminante española de largo recorrido que ya entonces residía cerca del *ashram* desde hacía años. Nadia era la personificación de la erranza: se ponía en camino desde Tiruvannamalai hacia los Himalayas, cruzaba el sur indio desde las costas de Pondicherry hasta Kerala o se desplazaba desde allí hacia Kanyakumari, en la punta más meridional del Subcontinente.

Ella, que antes había sido una ermitaña en Montserrat, experimentaba en aquel lugar el verdadero alejamiento del mundo que comenzó al dejar atrás España. Junto a ella realizamos la *kora* de Arunachala -vuelta andando en torno a una montaña sagrada- para seguir próximos al espíritu de los *sanyasines*, quienes consideran ese acto una auténtica obligación espiritual.



Por su parte, la escritora y aventurera francesa Alexandra David Neel nos relata en su excelente *La India en que viví* los acontecimientos que se vivían en la antigua Benarés -hoy Varanasi- cuando, *de súbito*, irrumpía el monzón y las lluvias traían consigo las temibles crecidas del río. Algunos *saddhus* fanáticos, reclusos como estaban en celdas situadas por debajo del nivel de las aguas del Ganges, se dejaban ahogar por la corriente alentados por los ánimos de los espectadores, quienes, antes que intentar detener semejante acto de suicidio ritual, vitoreaban a los santones que enfrentaban la muerte inamovibles, sin esperar nada a cambio, en una muestra más de la renuncia en la que habían basado sus existencias.

Benarés es un lugar imprescindible en el contexto de la cultura india y, también, un centro neurálgico para los viajeros que pretendan encontrarse con lo que pueda quedar de los viejos *naga saddhus*: los ascetas guerreros, siervos y soldados de Shiva que un día conformaron, incluso, un ejército propio capaz de frenar la expansión musulmana en las fértiles tierras que baña el Ganges, o enfrentarse al mismísimo Imperio Británico.

Sí. Cada mañana en Benarés pueden observarse legiones de *saddhus* y *sanyasines* sentados en las escalinatas de los *ghats* que bajan al río, esa corriente de vida donde miles de peregrinos realizan sus abluciones, limpian sus vergüenzas, purifican sus cuerpos y dan comienzo a sus jornadas con el deber cumplido.



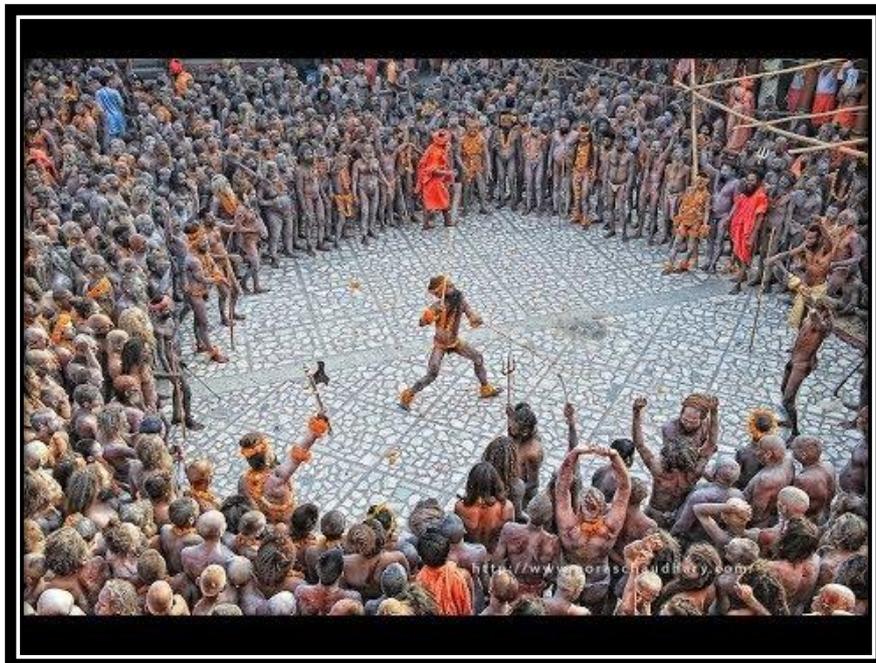
Más hacia el norte, siguiendo el curso ascendente del río, encontré a *saddhus* y *sanyasines* vestidos de naranja rumbo a las Fuentes del Ganges. Entonces, los caminos que recorrían la región de Garwall se teñían de ese color que los identifica hasta coronar la meta dorada de Gangotri para, acto seguido, continuar avanzando hacia Goumuk, la verdadera fuente del río, donde muchos de ellos mantienen sus campamentos dedicando sus días a la meditación y a la contemplación.

Por mi parte, quería entender más y mejor el origen de una cierta beligerancia, atribuida a *saddhus* y *sanyasines*, que han reflejado en sus libros y escritos algunos antropólogos ilustres, como William Pinch (*Warrior ascetics and Indian Empire*), o David Lorenzen, historiadores ambos especializados en movimientos religiosos y sociales del sur de Asia. A decir de sus obras escritas y aun estando asociados a la espiritualidad, a la renuncia y a la sabiduría, la trayectoria histórica de estos grupos humanos no siempre fue pacífica, sino todo lo contrario.

En efecto, al igual que ocurriera en Europa con los Caballeros Templarios, en España con las Órdenes de Alcántara, Calatrava o Santiago, o en Japón con los guerreros ascetas de las montañas *-yamabushi-* también en la India convivieron el ascetismo y la guerra en la secta de los *naga saddhus*.

Como en muchas otras derivadas de la cultura india las primeras referencias acerca de los ascetas guerreros se encuentran en su literatura clásica y la epopeya del Mahabarata –siglo II a. C.- es, una vez más, la mejor fuente de información. En el libro se expresa el concepto de hombre santo, o renunciante, que encarna el propio Arjuna, prototipo también del buen guerrero.

En la India medieval, el ascetismo no era incompatible con el ejercicio de la guerra pues, entre otras cosas, ambos compartían: disciplina, celibato y obediencia. Los ascetas guerreros estaban organizados en escuelas, o *akharas*, dirigidas por un gurú que también residía en su interior. El acceso estaba restringido y su organización se regía por un estricto código de conducta. Los adeptos acometían una serie de ritos de iniciación antes de ser considerados miembros de pleno derecho. Se les exigía dejar atrás familia y posesiones y se les otorgaba un nuevo nombre, comprometiéndose con la escuela de una manera absoluta. Estos *naga saddhus* llegaron a ser muy hábiles en la lucha cuerpo a cuerpo y expertos en diferentes armas, tales como la espada, la daga o la maza.



Quizá la organización de los *naga saddhus* como soldados comenzó en el siglo XVI durante el reinado del emperador Akbar. En la segunda mitad del siglo XVI y primera mitad del XVII se conformaron ya sus primeros ejércitos.

Más adelante, tanto Auranzeg como otros emperadores mogoles continuaron utilizando la fuerza de los *naga saddhus* para enfrentarse a sus enemigos, algo que también hicieron los británicos reclutando comandos de ascetas guerreros por resultar más eficaces que los soldados afganos y los sijs del Punjab.

Además de sus condiciones, organización y número de efectivos, la fama de las guerrillas *naga* estaba fundamentada en los supuestos poderes sobrenaturales que sus prácticas *yóguicas* les otorgaban. En efecto, se decía que de tales poderes – *siddhis*- derivaban sus capacidades para emboscar al enemigo o la facilidad que decían poseer para camuflarse durante la noche.

Algunos de los *gosains* -ascetas guerreros- más conocidos fueron: Rajendragiri, Umravgiri y Anupgiri, quienes atrajeron hacia sí a una gran cantidad de seguidores quienes, habituados como estaban a la vida austera de los renunciantes, no tuvieron dificultades en emular el camino de sus líderes. Cautivados por su carisma combatieron codo con codo en tierras de Bengala o Bihar contra muy distintos adversarios, entre los que se encontró, también, el Imperio Británico y la Compañía de las Indias Orientales.

Otras posiciones de los *naga saddhus* derivaron en el acoso y la extorsión cuando muchos de ellos se convirtieron en mercenarios a sueldo, poniéndose a las órdenes de los maharajás reinantes para servirles de protección, cobrar sus impuestos y presionar a sus súbditos.

En 1914 los *naga saddhus* pidieron voluntariamente intervenir en la I Guerra Mundial.

Kenshinkan dōjō 2018